

TODA UNA VIDA
Xavi Demelo

CAPÍTULO PRIMERO
KAYZEN: FORMACIÓN CONTINUA

Escapada frustrada

Marta Botijo Trescientos intentó atravesar la puerta de su casa. Su madre, plantada frente a ella, impidió, con gesto ceñudo y mirada severa, la escapada de su hija adolescente.

Cuatro gritos, una rabieta, dos portazos y una llantina más tarde, todo había vuelto a la normalidad.

Una normalidad tensa, polarizada, siempre dispuesta a volver a explotar en cualquier momento.

Llevaban tres años así, y aún faltaban dos para la mayoría de edad de la niña.

¿Aguantarían?

Lógica

Por fin había encontrado la madre del cordero. Qué extraño... ¿Por qué no le llamarían oveja?

Ironía

“Quién mal anda, mal acaba”, le habían repetido desde niño. Precisamente a él, que había nacido con una pierna más corta que la otra.

Frase lapidaria

“Si lo que tienes que decir, mejora el silencio, habla. Si no, quédate callado”, le repetía su maestro una y otra vez, mejorando el silencio. O no.

Ya

El despacho del director planeaba como una amenaza en su futuro más cercano. Tenía miedo. Se levantó, soltó un exabrupto a la maestra y el solito abandonó el aula y se dirigió hacia allí. No soportaba los períodos de espera.

Pesadez

Le cargaba la asignatura de música. Sobre todo los altavoces.

Entierros

Diva Torno Gavilán enterró su niñez cuando sufrió abusos por parte de su padrastro. Fue un funeral doble: También recibió cristiana sepultura la libertad condicional que a él tanto le había costado conseguir.

Fugas

Brian Secuela solía escaparse de la escuela un día sí y el otro también. Hasta que dejó de hacerlo, justo cuando Rosa Pardiez, la que sería su esposa, apareció en el centro educativo. Brian aguantó como pudo hasta que logró escaparse con ella, esta vez para siempre.

Odios

Lo que más odiaba en el mundo era a la profesora de deportes. Gorda, gritona y con silbato. Y encima, le gritaba por el apellido, su apellido, lo segundo que más odiaba.

Exámenes

Omar Salim Habichuela tenía tanto miedo a los exámenes que, después de estudiar detenidamente su caso, el afamado psicoanalista Erich Ron publicó su obra más conocida: “Miedos trimestrales y finales”.

Pupila 1

Las tres partes del ojo son la Pupila, la Niña y la Santa María.

Pupila 2

¿Qué es poesía?, dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul.
No sé, contesto, cuando me duele tanto el ojo no puedo pensar.

Pupila 3

El tutor y la pupila flirteaban descaradamente ante los alumnos de su clase. Él recuperó su juventud perdida. Ella consiguió aprobar álgebra. La cosa no pasó de ahí.
“Un buen trato es aquel que beneficia a ambas partes”, rezaba la nota que ella recibió el día de su graduación, junto a un ramo de flores.

Revisión de nota

-No obstante, creo que voy a aprobarla, señorita
-Gracias, profesor. ¿Me visto ya, o quiere que subamos nota?

Vergonzoso

Era la vergüenza de su promoción, por más que lo intentó jamás consiguió suspender lengua y literatura. Quizá por eso escogió la carrera de ciencias exactas.

Creando futuro

-García, su estupidez sólo puede compararse con su arrogancia. Es usted un completo inútil.
-Gracias, don Ramón. Tendré presente su observación dentro de unos años, cuando acuda regularmente al psicólogo.

Vamos a hacer algo diferente

La junta de la asociación de padres y madres decidió organizar actividades extraescolares originales y que no tuvieran nada que ver con las que hacían los alumnos en horas lectivas. También decidieron encargarse personalmente de ellas, prescindiendo de las monitoras.

Aquello abrió la caja de Pandora; durante ese año, niños y niñas aprendieron a discutir a gritos, a tener envidia de los vecinos, a ignorarse mutuamente, a no llegar a fin de mes y a maltratar a las personas más cercanas.

Por suerte, en junio la junta terminó su mandato. Si no, quizá el daño hubiera sido irreversible.

Histeria de España

Estaba mío señor Don Pelayo refocilándose con una moza árabe, que por aquel entonces todavía se escribía separado, en lo más profundo de la gruta de Covadonga, cuando se le apareció la Virgen, radiante de belleza y esplendor, recién salida de la peluquería y luciendo su piel blanca nuevecita, pues últimamente había presupuesto en el cielo de Cantabria y no se reparaba en gastos estéticos ni en cirujanos plásticos, no como la Virgen de los catalanes, negra y tacaña como ella sola. El noble cristiano, sorprendido y presa de un ataque de flaccidez, guardóse apresuradamente el arma y a su amiga bajo la

túnica y arrodillóse con respetuoso ademán. Después de impresionar al pobre Pelayo durante un buen rato con visiones apocalípticas tridimensionales y en sensurround, la Virgen leyóle el comunicado que el buen Dios, el único, el católico, apostólico y romano, desconfie de imitaciones, le había dado para él. La cosa fue más o menos así:

- Que dice Dios, Pelayo, que ya es venida la hora que dejéis a un lado los placeres mundanos y vayamos por faena, que lo de los moros infieles hollando el suelo patrio de esta nación nuestra, futura cuna del nacional-catolicismo, ya hiede a la legua. Deberéis poner manos a la obra y devolver a esos salvajes a la reserva pues clama al cielo vuestra desidia de hideputa y vuestra... ¡He dicho que se acabaron los placeres de la carne! - Y, levantando la diestra, la Virgen María lanzó un rayo de luz cegadora bajo la túnica del elegido (por lo visto, había notado movimientos sospechosos), fulminando a la pobre hurí y chamuscando de paso todos los vellos de cintura para abajo del pobre Pelayo.

Este no protestó porque tenía más (doncellas) pero sí dio buenas razones para hurtar el bulto ante la enorme tarea que le había sido adjudicada a dedo y sin consulta previa:

- Señora, yo no soy digno de que entréis así en mi hacienda y me encomendéis tan alta misión. Casi no sé leer ni escribir y si tengo la oreja izquierda tan larga es de los tirones que dábame mi preceptor, pues no ignorareis que no aprendíme siquiera la tabla del uno, de tan cortas que son mis luces. Además, sufro frecuentes jaquecas y montar a caballo hace que mi regia almorrana me recuerde dolorosamente que existe. Tengo un carácter taciturno y suelo deprimirme dos veces por semana, por lo que no salgo casi nunca y no tengo amistades a quienes recurrir en momentos de apuro, figuraos para emprender tamaña campaña, y perdón por la rima, involuntaria. También padezco reuma y calambres en las piernas - continuó -, no tengo ropa que ponerme para una ocasión así y creo que voy a retirarme a mi...

- Cerrad la boca, mentecato - la Virgen lo interrumpió violentamente -, ¿u os creéis que cuando se me apareció a mí el arcángel, en la flor de la vida, y preñóme sin comerlo ni beberlo, con los mancebos que en pos de mí venían por todo Nazaret, me hizo la mujer más feliz del mundo? Yo, que era... - Nuestra Señora rompió a llorar de nostalgia por las ocasiones perdidas, más se repuso de golpe, mirando temerosamente hacia arriba - ¿Sabéis qué os digo? ¡Pues que a cada uno su cruz, y mi hijo en la de todos! - esto lo escupió con saña, haciendo un gesto inequívoco hacia el cielo - Así que, vos mismo, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Cuando la Virgen se hubo esfumado, el pobre Pelayo, literalmente cagado de miedo, se puso su apolillado uniforme de rey y convocó a los nobles. Cuando les hubo notificado el mensaje de la Virgen y después de esperar pacientemente que acabasen de reír y se levantaran del suelo, juró y perjuró que lo que les decía era cierto, que "si mentira fuere dejara él desde ese mismo momento la bebida, las mujeres y el mus". Ante estos argumentos tan serios, un silencio general tan denso como un queso de oveja acompañó la designación de emisarios, que marcharon presto a visitar al enemigo y convocarle a una reunión de urgencia.

Y llegó el temido día de las negociaciones: veintidós compromisarios por bando, viento en popa, a toda vela, sentáronse unos frente a otros, mirándose, altaneros, mientras escuchaban en silencio sus himnos respectivos. Desgraciadamente, la alineación del once inicial cristiano se perdió durante la batalla de las Navas de Tolosa, pero podemos afirmar sin temor a equivocarnos que hubo dos cambios por equipo y que los cristianos salieron victoriosos de las largas deliberaciones que se realizaron durante los meses siguientes. Al final, los acuerdos quedaron como sigue:

- Que la Reconquista se escribiría con mayúsculas, no fuera a confundirse con otras.
- Que duraría unos setecientos años.

- Que por sorteo, la última ciudad mora en caer sería Granada y su rey lloraría como una mujer (no sabemos si las mujeres entonces lloraban diferente a los varones, pero parece ser que sí) lo que no supo defender como un hombre.
 - Que después, los moros tendrían que irse, y los que se quedaran, lo harían siempre y cuando abjuraran de su religión, pasándose a llamar moriscos. No mariscos, moriscos.
 - Que los moriscos también serían expulsados, a su vez. No obstante, para que no se notara tanto, también expulsarían a los judíos. (Estos ya estaban acostumbrados a que les echaran de todas partes)
 - Que, cuatrocientos años más tarde, jugarían el partido de vuelta en Marruecos.
 - Que un general de la guerra de Marruecos volvería a traer a los moros a España, para participar en un torneo de verano de ateos contra cristianos. (Sorprendentemente del lado cristiano, cosas del deporte)
 - Que, después de dar tantas y tantas vueltas, los moros podrían quedarse a vivir en la Península. Eso sí, convenientemente alienados y vejados por los blancos, respetando el orden natural de las cosas.
 - Y que, a lo mejor, sólo a lo mejor, algún día podrían convivir las dos etnias y las otras en paz, armonía, solidaridad y justicia. (Esta parte quedó en suspenso en el tratado: "...a consideración de las generaciones que serán jóvenes durante el segundo cambio de milenio...", textualmente.)
- Tras de lo cual, cada uno se retiró a su campamento, a encomendarse a su Dios y a preparar las armas para librar al día siguiente la famosa batalla de Covadonga.
- Moraleja: (Sacado de las memorias del propio Don Pelayo) "Cuando estuvieres haciendo un buen polvo interracial, non pares, sigue, sigue, que ni Dios ni la Virgen que baixen del cielo te destorben de la faena."
- La verdad es que otros mil años así no hay quien los dure ni cuerpo que los resista.

CAPÍTULO SEGUNDO:
DOS SON MULTITUD

En la barra

¿Qué signo eres? preguntó él, por preguntar. Escorpión, contestó ella, también por contestar. Y callaron los dos, mientras su archivo de tópicos imperecederos disminuía en una entrada.

Histeria de amor

Fabio Gallumbo Mendizábal no era feliz. Ni con el amor convencional, que había probado repetidas veces en sucesivas pseudoconvivencias, ni con los amores prohibidos, fugaces, pecaminosos y abundantemente regados con alcoholes varios, con los que se regalaba entre relación y relación seria. Su ideal de mujer era siempre contrario a aquella con la que se despertaba y sospechosamente parecido a la próxima, que aún desconocía. Eran los ratos de acoso y derribo, de tender el lazo, de esperar o forzar que la presa cayera en su trampa y no en la de cualquier otro practicante del noble arte de la hembramaquia, los que le hacían sentirse vivo, inspirándole elevados sentimientos y poniéndole de un humor endiabladamente positivo. Sólo vivía plenamente durante el período de tiempo que comprendía a partir del final de un idilio y cuando comenzaba a cansarse del siguiente. Después comenzaba la época negra, que transcurría salpicada de remordimientos de conciencia, arrepentimientos de cuantas promesas había hecho a la de turno y maldiciones contra todos y cada uno de los autores que habían contribuido a crear en su iconografía particular el amor ideal, perfecto, germen y pilar de la familia y la sociedad, idealizado desde niño por la literatura y el cine, que le era imposible de plasmar en la realidad, por más que lo intentara continuamente. Cada vez que lograba librarse de uno de aquellos fastidiosos lastres en formato de mujer-que-ya-no-es-correspondida que tanto le agobiaban, despertaba al día siguiente con el alma atormentada por los remordimientos, al otro día medio atormentada y al otro, una bocanada de aire fresco con que se llenaba los pulmones, la visita a la báscula del cuarto de baño, - habré engordado, la *pobre* cocinaba muy bien - y algún chiste para y a propósito de sí mismo, le anunciaban que la crisis estaba resuelta y que una nueva etapa, llena de misterios y posibles cosechas en el abonado campo de cuantas insinuaciones y miradas había compartido con las amigas, hasta ahora prohibidas, de ella o de sus amigos, se abría ante él. Y los remordimientos ya tan sólo aparecían cuando se encontraba por casualidad a la *pobre* y repetían encuentros, ella por intentar conseguirlo de nuevo, él un poco por lástima y también por deseo carnal, milagrosamente recuperado y fortalecido desde que ella ya no era suya. Y esto terminaba como había empezado; con el advenimiento de un nuevo gran amor, esta vez el verdadero, no hay duda, maravillosa pasión, maravillosos primeros meses, llenos de bellos descubrimientos, tan sólo ensombrecidos momentáneamente por el convencimiento, en algún recóndito lugar de su negra alma, de que la rueda giraba inexorablemente hacia los descubrimientos no tan bellos que propiciarían la estrepitosa caída final y el vuelta a empezar de nuevo.

El dolor de su alma partida en dos, la idealista y romántico-novelesca y la aventurera y desvergonzada, pudo con él y, harto de intentarlas asesinar por separado, decidió mezclarlas y hacer de su capa un sayo: Fabio Gallumbo Mendizábal se convirtió en un aventurero desvergonzado, que no respetaba noviazgos, matrimonios ni leyes y costumbres aceptadas por todos y que iba con la verdad por delante en su incesante búsqueda de hembras con las que saciar sus primarios instintos, sin comedias ni ataduras temporales; todo ello bañado de romanticismo sincero, ternura, respeto por las libertades de la que ya no sería más *pobre* y el fomento de la individualidad de todas y cada una de aquellas personas con las que compartiría de aquí en adelante su ajetreada vida amorosa.

Sólo que, de aquí en adelante, Fabio no se comió una rosca yendo de esta guisa por la vida. Demasiado tarde comprendió que el amor, como casi todo, es puro teatro, y que gracias a sus grandes dotes de comediante, había él podido vislumbrar y disfrutar, aunque muy de vez en cuando y brevemente, pequeños períodos de arrebatos físicos y espirituales parecidos a lo que se reconocía y describía vulgarmente como verdadero amor. Y esto, que a él le parecía tan insuficiente, era mucho más que lo que llegaban a conocer la inmensa mayoría de los mortales, siempre esclavos de uno de los dos extremos, bien la inanición más pura, bien la hartura de comer del mismo plato, día tras día.

Fabio no pudo soportarlo y se suicidó, comiéndose todas las cartas de amor que recibiera durante el servicio militar. Dejó unas letras, dirigidas al juez de instrucción y éste, después de leerlas, prohibió su transcripción y divulgación pública, por considerarlas - según me confesó, con lágrimas de borracho en los ojos - peligrosas para la salud pública y potencialmente inductoras a suicidios masivos, tras de lo cual se desplomó en brazos de la madame del burdel donde suelo conseguir estas informaciones sobre vidas ejemplares que han dejado de serlo.

¡Ah! Y es también donde tengo crédito hasta final de mes.

Alcachofas guisadas

Llegó a casa, soltó la maleta, se sentó en el sofá. Ella cantaba en la cocina, contenta de prepararle la cena, o eso pensaba él. Agarró el mando a distancia del televisor y apretó la tecla. En la pantalla apareció una escena que le era familiar. Era el video de su boda. Lágrimas de arrepentimiento corrieron por sus mejillas. Se levantó de golpe y se dirigió a la cocina, dispuesto a confesarlo todo.

Un agradable olor a alcachofas guisadas, receta de su suegra y que su mujer preparaba como nadie, le inundó la nariz e hizo que se le secaran las lágrimas y que sus papilas gustativas se abrieran, totalmente receptivas y entregadas al cercano placer que sentían llegar.

No era cuestión de malograr una cena así con una confesión que podía esperar a otro momento más oportuno. El viernes, que solía haber tortilla, podía ser un buen día.

Dos por uno

Pagó el ramo de flores con manos temblorosas, después de facilitarle al dependiente la dirección de su admirada. Aquello iba a ser una declaración de amor en toda regla. Definitivamente, se iba a quedar con el culo al aire, totalmente expuesto al rechazo, al ridículo, al NO con mayúsculas.

Aprovechó la oferta que ofrecía el establecimiento y le envió otro ramo, menos ostentoso, eso sí, a su ex. Nunca se sabe en qué falda va a tener que llorar uno, pensó.

Enemigos

Salieron del despacho del notario. Por fin el divorcio había concluido. Se miraron, indiferentes, sin fuerzas, exhaustos, sin rencor, sin nada que decirse.

Los abogados se dieron la mano. Todo había terminado. Se dijeron adiós para siempre. Cada uno se fue por su lado, andando lentamente, luchando ya con el doloroso vacío que queda después de perder al enemigo.

Plante

La había dejado plantada delante de la estafeta de correos. Desde entonces la palabra estafeta perdió para ella su diminutivo.

Por la mañana

-Cariño, ¿puedes llevar tú hoy a los niños al colegio, si no te molesta?

-Querida, ¿Si te digo que me molesta, los llevarás tú?

Dieta de amor

Se conocieron en una barbacoa, comiendo costillas de cerdo con las manos y bebiendo vino peleón. Fue un amor a primera vista.

Con el tiempo, él se hizo vegetariano crudívoro y ella, adepta a la dieta ovo-lacto-vegetariana. El vino, claro está, ni probarlo.

Como tenían problemas en su relación, decidieron consultar a un consejero matrimonial, que era macrobiótico. Y allí, mientras saboreaban una rica sopa de miso, la cosa comenzó a suavizarse y pudieron poner la primera piedra de su reconciliación, a base de cereales integrales y algas japonesas.

Intercambio... sexual?

-Cariño, podrías hacerme una felación? Hoy he tenido un día muy duro en la oficina...

-Vale: prepara la cena, friega los platos, barre la casa, acuesta a los niños y después haré lo que tú quieras. Ya me estoy excitando sólo de imaginarte con el delantal...

Ordenes son órdenes

-¡Taxi, taxi!

-¿Sí?

-Al Liceo, por favor. Tengo prisa. Y no hable, me molesta.

-Muy bien.

-Oiga, esto no es el Liceo.

-Ya, ni esto tampoco es un taxi.

-¿Cómo? ¿Y por qué me ha traído aquí?

-¿Alguien le dice a usted que no alguna vez?

- ¿Y... dónde estamos?

- En mi casa, ¿Por qué no subimos y me da usted unas cuantas órdenes más?

Límites

-El límite tuyo está donde empieza el mío, querido.

-Bien, entonces llegó la hora de establecer fronteras.

Histeria de una cita

Nueve y media de la noche. Hace un calor asfixiante. A las diez tienes una cita importante. Con Eva. Vais al teatro, a la sala Villarroel. No sabes qué vais a ver, pero no importa. Nada importa. Te han prestado las entradas. Sólo ella. Sólo Eva. Te espera en la puerta del teatro. Nadie en el instituto creería posible esta cita. El tímido de la clase con la beldad de la promoción. Pues por fin vas a sacarte la espina. Años después.

Lo hiciste bien. Por teléfono. Fuiste galante, ocurrente. Como en las películas. Qué fácil ha sido. Lo podías haber hecho antes. No estabas seguro. Dichosa autoestima. Da igual. Más vale tarde que nunca. Eso diría tu madre. Nunca es tarde cuando llega. Eso lo sueles decir tú. No se te dan mal las muletillas. Ni los refranes. Dan colorido a la conversación. Eso piensas.

Anochece. La raya discontinua pierde su prefijo bajo el veloz chasis del vehículo. Un hermoso vehículo, adecuado para la ocasión. Tampoco es tuyo. Va incluido en el mismo lote que las entradas. Tu pequeño utilitario está en el taller. Eso le has dicho al buenazo de tu amigo. Una mentira piadosa. Otra muletilla. El fin justifica los medios. Otra. Tu declaración de principios, esta última.

Te miras en el retrovisor. Largamente. Todo será muy fácil. Como siempre. Te ves guapo. Mejor dicho, atractivo. Eso se lleva más. El pelo bien cortado. Ni muy largo, ni muy corto. A la moda. Un apurado perfecto en el afeitado. Como dicen en la tele, piensas. Sonríes. Encima, tienes sentido del humor. Hoy estás imparable. Vamos a practicar. Haces unas cuantas muecas al espejo. Qué interesante estás cuando enarcas la ceja izquierda. No todo el mundo puede hacerlo. Herencia de tu padre. De momento, la única. Otra sonrisa. Eres realmente ocurrente. Deberías explotarlo.

Tu perfume. Se notará todavía. Dudas y dilatas tus fosas nasales. Aspiras. Hacia abajo. Y luego para adentro. Maravilloso. Christian Dior. El de siempre. Las vuelve locas a todas. Nueva sonrisa. Tienes motivo. No te importa reconocerlo: Eres un maldito narcisista. Ahora puedes. Has cambiado en estos años. Para bien. Desapareció el acné. Y los michelines. Se acabaron sonrojos y titubeos en los vestuarios. Fuera para siempre los kilos de más. Perdiste la virginidad. Fue en aquel bosque. Dentro del coche. O fuera. Cada vez que lo cuentas es diferente. Hay que echarle salsa al relato. Otro chiste interno. Otra sonrisa. El cinismo se lleva.

Tus conquistas son incontables. Tus amores, inexistentes. El amor sólo sirve para sufrir, sueles decir. Hay que fingir amor y recoger sexo. Frase lapidaria. Quedaría bien en tu tumba. Tan sólo una vez anduviste enamorado. De Eva. O eso creíste. Una obsesión enfermiza. Seguro que no era amor. Lo fuera o no, ya llegó el momento del desquite. Hoy es la gran prueba. Por fin vas a vengarte. De sufrir en silencio. De aquellos años de tortura por un amor..., por una obsesión imposible. - Rectificar es de sabios. Gracias, refranero.- De aquellos celos, jamás demostrados. Encubiertos por orgullo. De *sus* besuqueos con otros compañeros, más afortunados. Con menos acné. Más esbeltos. Con más suerte. Eva. Esta noche pagará sus coqueteos con los demás. Sus burlas ante las inocentes notas de amor que dejabas en su pupitre. Anónimas. Hoy será tuya.

Señal de fin de autopista. Las diez menos veinte. Embocas la Diagonal. Vas bien de tiempo. No soportas la impuntualidad. Ni siquiera en ti mismo. Y eso que a ti mismo te lo puedes perdonar casi todo. Desfilas por delante de ella, con tu flamante coche. Hasta el parking. Entrarás al teatro, ni antes ni después. En el momento justo. No habrá intervalos embarazosos. No habrá que romper el hielo. De eso se encargará la misma representación.

Lo tienes todo planeado. Cuando la saludes, le darás dos besos en las mejillas. Pero muy cerca de la boca. Rozando el límite. Que vea que vas lanzado. Que sepa a qué atenerse. Durante la función, le cogerás la mano. Con firmeza. Incluso puedes besarla en la cara. O detrás de la oreja. Otras veces lo has hecho. Y ha funcionado. Eso le gustará. Todas son iguales -¿Otro refrán? Digamos una frase hecha, que es diferente.- Cuando les has soltado el rollo cariñoso, vía libre. Si se pudiera invertir el orden. Primero, vía libre. Después, el rollo que más te apetezca a ti. Dormir, incluso.

Pero sigamos con el plan. Al salir del teatro, ya cogidos de la mano, una discoteca. Oscura. Una copa. O varias. No es que te haga falta beber, qué diablos, pero te gusta. Es tu gran noche. Diviértete. Allí la deleitarás. La asombrarás. Derrocharás ingenio y simpatía. Lamentará no haberse enrollado antes contigo. Bailaréis lento. Agarrado. La besarás en la boca. Largamente. Con lengua. Después, un ligero magreo en un sofá. O no tan ligero.

Entonces, la gran pregunta. Respuesta afirmativa, claro está. No estamos aquí para perder el tiempo. Ya somos mayorcitos. Vamos al apartamento de papá. Tienes las llaves en la guantera del coche. Junto al paquete de Marlboro de repuesto. Sientes un ligero sobresalto. Aún está la cama sin hacer desde la última vez. No importa. Mejor. A ellas les gusta que lo hagas con otras. Que estés cotizado. Tú conoces bien esas cosas.

Cuando entréis en la habitación, harás un mohín extrañado. Seguido de una sonrisa pícara. Os echaréis a reír los dos. Así sabrá cómo las gastas. De qué pie calzas. Más frases hechas. Perfecto.

Y ahora, su cuerpo. Todavía lo recuerdas. A través de aquel orificio, en la pared del lavabo de chicas. Tópico, pero efectivo. Sus muslos morenos, sus braguitas azul celeste. A ese lado del agujero. Al otro lado estabas tú. Masturbándote bárbaramente. Hasta el punto de escocerte. Pero escocía más el alma. Dolía mucho más el no poder, el no saber, el no atreverse. El no....

Un concierto de bocinazos te arranca de tu dulce ensueño. No es a ti a quien pitan. Tranquilo. Pitan todos. Los de delante. Los de atrás. Y tú en medio. Paralizado. Atascado. Como la Diagonal. Y tienes una cita. La más importante de los últimos años. No puedes llegar tarde. No ahora. No pueden hacerte esto. No hay derecho.

Once minutos. Sólo te quedan once minutos. Algo dentro de ti está cambiando. Comienza a salir el animal que llevas contigo a todas partes. El lobo de la carretera. Gritas. Profieres amenazas. Insultos. No sabes a quién. Ni por qué. Gesticulas. Incluso obscenamente. Enciendes cigarrillos. Los apagas. Compulsivamente. Las diez menos cinco. ¿ Te esperará ?

Tan sólo falta un semáforo para Villarroel. Verde. Primera. Freno. Embrague. Un silbato. Un guardia de tráfico. Un paso de peatones. Ni siquiera te has movido de sitio. Una fila interminable de niños de jardín de infancia. Cogidos de la mano. Pero, ¿Qué coño hacen los niños levantados a estas horas? Los monitores les meten prisa. Los alumnos, ni caso. Cuando tú eras un crío siempre hacías lo que te mandaban. ¡ Malditos niñatos de mierda ! Y este guardia... Venga, danos paso ya, cachocabrón. ¿ Y ese coche que te adelanta y se cruza ? ¡ Me cago en la madre que lo parió ! Y despotricas, solo, dentro del coche. Y el guardia lo detiene. Y discuten, obstruyéndote el paso. Que te multo. Que no me multe, señor guardia. La leche que os dieron a los dos. Las diez. Tu cinismo está de vacaciones desde hace unos minutos. Tu autoestima va en el mismo tren. Vaya. Parece que por fin se han puesto de acuerdo. Respiras. Mientras hay vida, hay esperanza. El agente te da paso. No hay mal que cien años dure. Ni cuerpo que lo resista... ¿Es una sonrisa ese rictus forzado que te asoma por los labios? Primera, otra vez. Segunda. Entras en Villarroel. Ya sólo faltan tres o cuatro manzanas. Relájate. Eva, allá voy. Refranero, ayuda. Mas vale tarde que nunca. Eso ya lo has pensado antes.

Un frenazo chirriante. El tuyo. Por poco no le das al vehículo de delante. Sólo faltaría eso. Eramos pocos... Otro atasco. La grúa municipal está enganchando un coche. Es el colmo. Punto muerto. Freno de mano. Sales afuera. Gritando de nuevo. El conductor que tenías delante te lo explica. Pacientemente. Una mujer se ha quedado sin gasolina. Son cinco minutos. Tranquilo. Pero tú ya no puedes estar tranquilo. Subes al coche. Has perdido los estribos del todo. Aprietas el claxon. Una y otra vez. Desafortadamente. Como si te fuera la vida en ello. El hombre te mira, extrañado. Te hace un gesto inequívoco. Su dedo índice en la sien derecha. Estás majareta, macho. Por un momento, piensas que tiene razón.

Las diez y veinte. Ni teatro ni hostias. Por fin arrancas. Echas una ojeada al retrovisor. Tu aspecto ha cambiado. Tienes la frente empapada en sudor. Los sobacos también. Los pies te arden. Deben oler fatal. Y tienes miedo. Pánico. A que no te espere. Igual ni ha venido. Pero también temes que esté. Que no sepas qué decirle. Que balbucees, como antaño. Bajo el sudor frío, tus manos tiemblan. Te empieza a doler la boca del estómago. Son los nervios.

Calma. Allí está el teatro. Enfrente hay sitio para aparcar. Ya está. Cierras con llave. El disco de peatones está verde. Apresúrate. Hay un variopinto grupo de personas en la puerta. Debe de estar entre ellas. Pero no la distingues.

Detrás tuyo, una voz familiar pronuncia tu nombre. "Su" voz. La reconocerías entre mil. Giras bruscamente sobre tus talones. Los mismos ojos. Verde gris. Mas la cara no es la misma. Tiene granos. Rojos y profundos. Algunos han creado grietas. Sospechosamente afianzadas en su piel. Eso, los que están secos. Los otros, húmedos de pus, son peores. Tu mirada resbala, hacia abajo, por su anatomía. Un espectáculo dantesco. Pelo en el bigote. Ella, tan fina, en tu recuerdo. Una papada descomunal. Como el resto del cuerpo. Un tonel. El tiempo te ha jugado una mala pasada. Tu mente busca algún refrán. Aunque fuera una simple muletilla. Un dicho. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Lástima, no haberlo aplicado en su momento. En el instituto.

A partir de aquí, todo transcurre como en un sueño. O una pesadilla. Así es como lo recordarás. Siempre. Sueñas con su cara porcina, sonriéndote cariñosamente. Sueñas que te besa en las mejillas, muy cerca de la boca. Rozando el límite. Para que sepas a qué atenerte. Eso os gusta a todos. El recuerdo de su fétido aliento, cosas de mujeres una vez al mes, te acompañará mientras vivas. Sueñas que cruzáis la calle, en dirección al coche. Subís a él. Siempre en sueños. Te pide un cigarrillo. No hay Marlboro en la guantera. Ni tampoco llaves del apartamento. Esto último no te importa. Son exigencias del guión, en este sueño. No cantes victoria. Ahora sueñas con la carretera del Tibidabo. Un parking donde van las parejas a magrearse. Ligeramente. O no tanto. Como es tu caso. Hace rato que se rompió el hielo. Si es que lo hubo alguna vez. En tu sueño, otros vehículos aparcados en batería, junto al tuyo. Todos se bambolean. Es el bamboleo del amor. Amor sudoroso y babeante. Seboso y asfixiante. Una tonelada de carne femenina oprime tu desnudo cuerpo. Ella te monta con furia. Y te riega generosamente. Con flujo. Con sudor. Con pus. Con sangre. Arriba ella. Gemidos. Aullidos. De placer. Debajo tú. Gemidos. Aullidos. De asco. Una frase y terminamos. La suerte está echada. Hasta en sueños.

CAPÍTULO TERCERO
LA VETERANÍA ES UN GRADO

Histeria Onomástica

Una trágica efemérides invadió la toalla de baño de rizo americano que Ceferino frotaba contra su cuerpo, en un cotidiano intento por seguir oliendo a algo que se pareciera remotamente a un ser humano. Hoy cumplía treinta y seis años. Y no veía motivo ninguno para celebrarlo.

Se preparó mentalmente para hacer frente a las felicitaciones y comentarios jocosos del tipo cada-día-eres-más-viejo. También cogió treinta euros para acallar las peticiones de convidadas, imprescindibles e inevitables, que estas ocasiones deparan al homenajeador. Y se fue al bar. Y allí, cumplió con sus deberes de buen colega y mejor cumpleañosero. Bebió, comió, charló (incluso estuvo especialmente brillante cuando se tocó el manido tema de si es mejor salir con la mujer o solo). Después, se fue de putas, en un intento desesperado por solemnizar el día y regalarse un extra, pues, en cuestiones de putiferio, Ceferino era lo que podríamos llamar un pardillo.

Llegado allí, el hombre consultó su bolsillo antes de entrar. Después consultó su libreta en un cajero automático, frente al perverso local. Después su tarjeta de crédito. Como no acabara de llegar a un acuerdo con ninguno de las tres, Ceferino decidió posponer un año más la juerga y se fue a un bar de tapas que te la ponían gratis con un quinto (la tapa). Después de todo, no había nada que una buena paja y una sarta de mentiras piadosas, con los amigos como oyentes, no pudieran arreglar al día siguiente.

Patatas bravas, callos picantes, cerveza, caracoles, picantes también, más cerveza, varias bombas, alas de pollo Kentucky con mucha pimienta, bicarbonato, diarrea y la almorra asomada toda la semana, fueron el triste tributo que Ceferino pagó por cumplir un año más.

Como si eso, en sí mismo, no fuera bastante.

En la fábrica

La cadena de montaje seguía inexorablemente su curso. Piezas que se encontraban con otras piezas, ensamblajes repetidos para un producto final, que siempre era el mismo. Como su vida, pensó.

En la oficina

Llegó a la oficina ilusionada; era viernes, día de reunión y análisis de producción del equipo de vendedores. Hoy no se salía a hacer visitas. Y mañana marchaba de fin de semana con el director comercial. Su jefe y su amante, por este orden. Iban a un hotelito de la montaña, a pasear, respirar aire puro y hacer el amor. Por este orden, también.

Al día siguiente, le vino la regla, su ex marido se puso enfermo y no pudo quedarse con los niños. Tuvo que anular sus planes de excursión bucólica-sentimental.

Quizá no fue por este orden, pero ya se sabe que el orden de los factores no altera el producto.

En el almacén

El maldito pedido no aparecía por ninguna parte. Tenía en una línea al comercial y por la otra al cliente, a cual de ellos más enfadado. Apretó el botón intercomunicador y los conectó a ambos. Los gritos alcanzaron su cénit y en seguida comenzaron a bajar de volumen y tono, hasta convertirse en una conversación normal. Al cabo de cinco minutos, ambos colgaron, y se hizo el silencio.

Maravillas de la telefonía, dijo entre dientes, mientras se retrepaba en su sillón y consultaba la hora. Faltaban apenas treinta minutos para acabar su jornada.

En la granja cafetería

- Yo voy a tomar un suizo con mucha nata y un par de ensaimadas rellenas. ¿Y tú?
- ¡Qué suerte! Claro, como tú no engordas... Yo, un café solo con sacarina.
- ¿Quién te ha dicho que no engordo? Pero si estoy a dieta...
- Claro, a dieta de ensaimadas rellenas y nata...
- Bueno, tú tienes pareja y yo no, algún capricho habré de darme, no?
- ¿Pareja? ¡Si yo te contara...! Ahora mismo preferiría tu desayuno a mi marido.
- Muy bien. ¿Por qué no cambiamos? Siempre me ha gustado Jorge...

Familia numerosa

La familia había aumentado, no así los ingresos. Pepe Trabas salió a buscar su tercer trabajo, esta vez de noche. Cuando volvió a casa, a las seis de la madrugada, había triunfado. Cariño, estás hablando con el nuevo y flamante encargado nocturno de la estación de servicio situada en la carretera, a seis manzanas de casa.

A las siete estaban haciendo el amor, después de un buen desayuno, acción que repetirían a la misma hora durante un largo período de tiempo. Hasta que nació el siguiente hijo, una hermosa niña de ojos azules.

Esta vez, Pepe Trabas salió a buscar preservativos.

Príncipe azul

Había una vez una princesa ya entrada en años que aún no había encontrado el sapo que la redimiría con un beso. Su desesperación era tan grande que puso un anuncio en el periódico, reclamando candidatos al puesto. El desfile de posibles fue tan grande que la princesa recobró su antigua coquetería y volvió a permitirse rechazarlos a todos, uno tras otro.

Placidez dominical

Ese domingo tocaba ir al cine, echaban una peli de Disney, con argumento para los pequeños y guiños para los adultos, que eran a fin de cuentas los que pagaban la entrada, las palomitas, los refrescos y la subsiguiente merienda en el centro comercial.

Normalmente Joe Prèssec solía dormirse entre los títulos y la primera escena. Le encantaban esas siestas dominicales en el oscuro anonimato de la sala de proyecciones.

Pero ese domingo se estropeó el coche y hubo ir al videoclub a buscar una peli, también de Disney, y a comprar refrescos, y hacer palomitas en el microondas, y merienda, y...

Más barato sí que fue.

CAPITULO CUARTO
SI TIENE ALGUNA DUDA, VAYA HACIA LA LUZ

Amor por la vida

Su amor por la vida era tan grande que decidió no morir nunca.
Pero ya se sabe que rectificar es de sabios.

Histeria esotérica

Todo comenzó el día en que alguien le hizo un ligero comentario jocoso sobre su figura. Manolita Hierbabuena Chen y su sentido del ridículo decidieron, de común acuerdo, tener una reunión de a dos, de la cual se levantaron, después de un improvisado pero intenso *brainstorming*, habiendo decidido apartar de su dieta las grasas, los hidratos de carbono, las legumbres y cualquier alimento sospechoso de ser el culpable de redondear sus formas.

El estricto vegetarianismo cuasi higienista de Manolita conllevó también el abandono de los vicios reservados a los pobres mortales insatisfechos de su insulsa vida en el Estado del Bienestar: Se acabaron los cigarrillos, se acabó también el porro solidario y compartido, el alcohol, las rayas de cocaína de los fines de semana, el azúcar blanco, la sal refinada y los programas de televisión basura en horario de máxima audiencia. Incluso llegó al extremo de enemistarse con las bebidas gaseosas y azucaradas que algunas compañías multinacionales intentaban que consumiera constantemente desde poderosas plataformas mediáticas.

Manolita, totalmente inmersa y enganchada en la tarea de distinguirse de los demás, dejó su trabajo de cajera en un hipermercado y se dedicó en cuerpo y alma a los pobres. Continuaba yendo a su antiguo trabajo, pero lo hacía en calidad de cleptómana, sustrayendo comida que más tarde repartía entre los desheredados.

Se hizo adicta a las terapias alternativas, al yoga y a la meditación, y muy pronto se convirtió en un claro ejemplo viviente de espiritualidad y renuncia a los placeres mundanos.

También dejó de tener relaciones sexuales, incluso consigo misma (en algún texto tántrico o taoísta leyó algo sobre la transmutación de la energía sexual en cosas más provechosas cuando ésta no se utiliza).

Al año, Manolita tenía su propia secta de adoradores y adoratrices y caminaba por la calle seguida de un inmenso gentío que la intentaba imitar en cuanto podían. Y decimos en cuanto podían porque el furibundo puritanismo de Chen Hierbabuena (su nombre espiritual) era literalmente imposible de seguir. Cuando sus pobres adeptos comprobaron las imperfecciones en sus propias carnes, comenzaron a volverse contra Manolita y no tardaron en profesarle un odio profundo que les quemaba las entrañas.

Pronto la secta se diluyó en el olvido y un inmenso vacío y la indiferencia más absoluta rodeó a nuestra protagonista.

Al principio eso le dolió en su amor propio, pero su ego estaba tan trabajado que pronto superó esas emociones superfluas y se dedicó aun más a ahondar en la búsqueda interior y el alejamiento total de lo terreno.

Manolita Hierbabuena Chen subió al cielo en estado casi gaseoso - y decimos casi porque en ese momento llevaba puesto en el dedo anular un sello de oro, metal noble que no sucumbió al milagro del cambio de estado de la materia - el 31 de Octubre del 2000, noche de difuntos, dejando tras de sí un vago desprecio, una ignorancia supina y algún que otro chiste aburrido por y a propósito de su virginidad anal, la cual se le suponía pero que ninguno de sus biógrafos se atrevió jamás a asegurar.

Cual no fuera su sorpresa al llegar al cielo y ver a los parroquianos consumiendo todo tipo de manjares prohibidos, bebiendo exquisitos licores, regalándose los sentidos con toda serie de estimulantes y entregándose con vigor a los placeres de la carne, sin distinción de género, número, situación ni lugar.

Desde entonces cuenta la leyenda que Santa Manolita de la Abstinencia Obstinada – canonizada por Juan Pablo II seis santos después que José M^a Escrivá de Balaguer (se conoce que fue un día prolijo en injusticias sacras) - vaga por esos mundos paralelos buscando un cuerpo en el cual reencarnarse y así resolver algunos asuntos pendientes, como probar el sadomasoquismo, los ñoquis, las discotecas after hours y, a ser posible, alcanzar su gran sueño, que era ejercer de rejoneadora en Portugal.

Así que ya sabéis, amados lectores, si os morís, hacedlo deprisa. Ella puede aprovechar ese momento fatídico en que estáis contemplando vuestro cuerpo muerto con el equipo médico habitual intentando reanimarlo para okuparlo y efectuar con él toda clase de excesos que tiene pendientes.

En caso de duda, vayan hacia la luz...

Histeria Redicha

Don Sebastián Lodicho García, alias el *Redicho*, era un individuo digno merecedor del apodo con que lo habían distinguido quienes lo conocían y sufrían. Autodidacta devorador de cuanta letra impresa cayera en sus manos y repetidor al detalle de cuanto había leído, adornado con florituras dialécticas de cosecha propia, este peculiar personaje formaba parte de una tertulia literaria que hacía ya veinte años que se reunía en el Café Jijona y a la que concurría todos los jueves.

El último jueves de su vida, don Sebastián salió de su casa muy de mañana. Cruzó la calle, como hacía todos los días, para leer los titulares del periódico en el quiosco, que no para comprarlo, pues sus rentas le alcanzaban justito para comer una vez al día, el alquiler del modesto cuartucho que ocupaba en la pensión, el carajillo de los jueves en el Jijona y poco más.

- ¡ Buenos días, don Sebastián ! - díjole Agapito, el quiosquero, que le había tomado cariño desde que un día aquel le explicara el significado etimológico de su nombre. - ¿ Vamos para la tertulia ? - le preguntó, sin interés, cortésmente.

- Buenos son, Agapito, buenos son. Luce el sol, los pájaros cantores afilan ya sus gargantas, gorjeando y saludando al nuevo día que comienza. La Naturaleza estalla cual flor de mayo aunque estemos en enero, sorprendiéndonos con sus luces, sonidos y fragancias...- aquí una pausa, pues Agapito habíase agachado en el interior del quiosco a coger unas revistas del corazón para Rosario, la peluquera, momento que aprovechó don Sebastián para saludarla:

- Buenos días a vos también, señora que mesáis y estiráis los cabellos del prójimo, dándoles color y aspecto festivo en día laborable, así como contribuís a la difusión de las noticias y percances que afectan al pequeño círculo que conforma nuestro barrio.

Que la tonalidad de la buena suerte tiña este vuestro día de hoy. - Y quitábase el sombrero el *Redicho*, ante la sonrisa halagada e ignorante, pero intuitiva, de la peluquera, con ese sexto sentido que poseen las artistas del charlar y marcar.

- Como dijo alguien muy acertadamente, nunca la belleza femenina se vio tan lozana y fresca como de buena mañana. ¿Verdad, Agapito? - continuaba don Sebastián.

- Verdad, don Sebastián, verdad. - asentía el hombre.

- Usted siempre tan amable, don Sebastián - decía ella pagando la revista y sonriendo con complicidad al quiosquero. Después suspiraba, como echando en falta tales galanterías en boca de otros hombres, su marido sin ir más lejos, cuyos gruñidos mientras sorbía la sopa y hacía el amor eran gemelos y de comentario obligado con las

comadres-clientas del salón de belleza. Y se despedía, dejándose besar la mano por aquel caballero de fotonovela, a quien una vez al mes cortaba el pelo, a cambio de unos versos recitados de memoria en el lava cabezas

- Vayan con Dios, caballeros - les dijo la Rosario, segura de subirlos de categoría con esta calificación, elevándose ella automáticamente a la de dama.

El servicio de autobuses se hallaba en huelga. Esto, para un hombre cuyo conocimiento y uso de la palabra huelga se ceñía a la arcaica, pero siempre impresionante frase "Huelga decir..." y cuya maltrecha economía no le permitía viajar en taxi, representó un duro golpe y solo le dejó una vergonzosa salida: viajar en Metro.

- Deme usted un billete, señor jefe de estación, - díjole a un joven y sorprendido militar que se hallaba en la taquilla, cubriendo los servicios mínimos, ya que la huelga era del transporte público en general - pues me dirijo a la tertulia del café Jijona, erudita donde las haya. Hoy el insigne capítulo que debatiremos será si el ingeniero de minas don Fadrique de Alcántara fue o no el artífice de la denominación del Siglo de Oro como tal.

- Con este billete puede apearse en la estación que desee, así como efectuar cuantos cambios de línea necesite, siempre sin salir al exterior. Y usted me perdonará, pero no recuerdo en este momento ninguna estación de nombre tan largo como el que me acaba de decir. Aunque no se fie mucho de mí, pues yo estoy aquí tan sólo temporalmente - le informó cortésmente el joven.

- Como todos, hijo mío, como todos - dijo Don Sebastián, tentado de soltarle una disertación sobre la fugacidad de lo terreno, una de sus favoritas, o tal vez presagiando su cada vez más próximo fin.

Una anciana que esperaba su turno en la cola de la taquilla movió la cabeza, no sabemos si por la incomprensión entre generaciones implícita en el diálogo entre Don Sebastián y el militar o bien porque también sentía en lo más íntimo de su ser aquel extraño y maligno presagio.

Don Sebastián, con sombrero, bastón y traje de todos los jueves en los últimos veinte años, bajó las escaleras que le separaban del andén sin tener ningún tropiezo dialéctico más. Sentóse a esperar en el extremo de un largo banco, donde dormía un pobre de pedir, tapado con un inmenso cartón en el cual figuraba impreso el nombre y logotipo de una conocida marca de electrodomésticos. Los sucios pies que asomaban por debajo casi tocaban con la uña del dedo gordo los pantalones de nuestro hombre. " Qué descansada vida, la que huye del mundanal ruido..." , recitaba éste mentalmente cuando el tren hizo su aparición por uno de los cuatro agujeros negros que había en los extremos del andén, dos y dos. Zarandeó al pobre, para despertarlo y que no perdiera el tren, pero éste se limitó a darse la vuelta bajo el cartón y seguir roncando. Don Sebastián insistió, cívicamente, y el pobre abrió un ojo enrojecido, que le miró sin verle.

- El tren ya está aquí y hace un día espléndido, casi primaveral. Puede usted subir y bajar en la estación que quiera, así como hacer los cambios de línea que desee, siempre sin salir al exterior. Aunque, si va a alguna estación de nombre muy largo, vaya con cuidado de no equivocarse, pues parece ser que la han quitado, o quizás le han cambiado el nombre. Me lo ha dicho el jefe de estación, un chico joven pero respetuoso y preocupado por enigmas existenciales como el de dónde venimos y adónde vamos, preguntas que cualquier empleado de ferrocarriles debería conocer de los usuarios. - Y después de esta parrafada a guisa de despertador, dejó al pobre frotándose los ojos y se levantó, penetrando en el interior del vagón más cercano. Cerráronse las puertas y volvieron a abrirse al momento, para dar entrada al pobre, que había decidido comenzar su jornada laboral, con el cartón que le servía de cubrecamas colgado del cuello por un mugriento cordel y vuelto del revés, donde unas palabras escritas con una ortografía

nefasta, explicaban la situación familiar y económica del dueño, a todas luces desesperada. Arrancó el tren y el pobre recorrió el vagón de punta a punta, soltando una cantinela con voz estrepajosa que venía a complementar la información escrita en el improvisado cartel. La anciana de la cola de la taquilla seguía moviendo la cabeza mientras le daba unas monedas al pobre y después, también. Cuando éste pasó por delante de Don Sebastián, hizo ver como si no existiera, tal vez adivinando la situación financiera de éste, no mucho mejor que la suya, o tal vez pensaba que podría ahorrarse la segunda y segura parrafada del día. Pero no era Don Sebastián enemigo fácil y pronto los oídos del mendigo volvieron a sentir los ataques de la prosa grandilocuente del otro.

- Permítame sugerirle, amigo mío, para prevenir el posible y más que probable rechazo de algunos doctos transeúntes, sin duda de mejor solvencia económica que la mía actual, que *miseria* se escribe sin *z* y *caridad*, acabado en *d* en lugar de *t*. Por otro lado, tengo el gusto de felicitarle por el acierto demostrado en utilizar la palabra *criaturas*, hoy cada vez más en desuso en esta acepción (para engrosar el uso de la que es sinónima de *monstruo* y *engendro*, entre otras), en lugar de niños o chiquillos, pues inspira mucha más sensación de desamparo y conmiseración, atributos nada desechables en su oficio, el segundo más antiguo del mundo.- Y Don Sebastián se quedó tan ancho, mejor que si le hubiese dado diez euros de limosna al otro, quien, claro está, no compartió su satisfacción hasta que aquel se calló y se enfrascó en la lectura de un periódico que un sentado y elegante joven sostenía frente a él.

En la siguiente estación el mendigo bajó del tren. Don Sebastián pensó que, sin duda, se había tomado un respiro para corregir las faltas de ortografía que él le había señalado. Quizás hubiera tenido que indicarle que *paro* se escribía sin *h* intercalada, pero es que siempre había sentido una cierta debilidad por esta última falta, no sabía muy bien por qué. Tomó nota mentalmente para proponer en el Jijona un debate sobre el tema en un futuro jueves, que no tendría ya.

Con la satisfacción del deber cumplido, se dedicó en cuerpo y alma a la lectura del titular de una noticia que versaba sobre la celebración del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Bécquer. Como hacía más de dos minutos y menos de tres que no hablaba, creyóse obligado a decir algo, más que nada por compartir sus eruditos conocimientos con quien ponía el soporte físico del texto.

- Yo mismo, joven, hace ya algunos años que escribí un ensayo sobre tal insigne autor, acerca del tema de la muerte como alegoría de la *vuelta de las golondrinas en tu balcón sus nidos a posar...* - por lo visto este verso le sonaba a su interlocutor, pues alzó la vista de golpe, mérito que le honraba, máxime cuando se encontraba leyendo la página de economía desde que abrió el periódico, intentando impresionar a una pintarrajeada rubia de bote que hacía el trayecto junto a él. El joven, sintiendo un arrebatado de respeto hacia las canas de aquel buen hombre, sin duda algo excéntrico y quizá ya demente senil, balbució una excusa, mostrándole la página de economía, mientras observaba con el rabillo del ojo a su vecina. A Don Sebastián no le pasó desapercibido este interés y decidió dar un buen consejo a aquellos jóvenes, futuros constructores del mañana.

- Haced bien, hijos míos (Don Sebastián *adoptaba* a menudo a cuantos jóvenes caían en sus manos), en preocuparos de la economía, pues si vais a vivir juntos debereis aprender el arte del buen gastar y mejor ahorrar, de eso precisamente hablaba yo en uno de los capítulos de mi modesto ensayo, pues ya sabreis que Gustavo Adolfo, aunque gran poeta, murió solo, soltero y arruinado. Claro que entonces todo romántico que se preciara de serlo tenía que cumplir estos requisitos, so pena de no pasar a la posteridad. Pero hoy es distinto, podeis quererlos, como veo que ya haceis, sin necesidad de estrecheces, bueno, exceptuando las de la cama... Je, je, je... - Y Don Sebastián, de pie,

apoyado en su bastón, rió de buena gana ante el azoramiento de los dos jóvenes, que no se conocían ni osaban mover la mirada de un inexistente punto fijo en el espacio, justo frente al sonrojo de su cara. En aquel momento, el tren paróse en una estación que Don Sebastián conoció, por el letrero en forma de rombo acostado, como próxima al café Jijona. Despidióse con una inclinación de cabeza y un " Hacéis muy buena pareja ", dejándoles a solas con su embarazo y abandonando el vagón.

Ya en los pasillos, divisó de lejos un pequeño grupo de inmigrantes árabes que vendían tabaco rubio de contrabando y encendedores. Detúvose frente al primero de ellos, de tez oscura y espeso bigote, que apenas hablaba ni entendía nada que no fuera el cambio de dos euros por la cajetilla. Don Sebastián, obligándose a sí mismo a la confraternización para la futura integración de su nueva víctima, le regaló estos versos:

- Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había.

Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida.

Moro que en tal signo nace
no debe decir mentira.

No te la diré, señor,
aunque me cueste la vida...

Aquí la memoria le falló al letrado, mientras el árabe buscaba en la bolsa de plástico que le hacía las veces de almacén algún cartón de Abenámar con el que contentar a tan peculiar *paisa*. No encontrándolo, repitió varias veces aquello de *Wiston-Malboro-Ducado-No-Abenama*, tras de lo cual Don Sebastián, satisfecho de la rápida fusión cultural alcanzada entre ellos, se arrancó con otra copla, muy adecuada para las despedidas y apta para todos los públicos:

- Enjuga el llanto, cristiana,
no me atormentes así,
que tengo yo, mi sultana,
un nuevo Edén para ti,
tengo un palacio en Granada,
tengo jardines y flores,
tengo una fuente dorada
con más de cien surtidores...

Ahora no recordaba si eran ciento o mil, los surtidores, pero no venía al caso preocuparse por tan nimio detalle. El puente entre culturas estaba tendido, como demostraba la actitud del buen vendedor de cajetillas de tabaco y mejor escuchador de romances de los tiempos de la Reconquista, que no habían pasado en vano, como venía a demostrar este sencillo pero emocionante reencuentro entre razas enfrentadas desde tiempo inmemorial. Una lágrima furtiva cayóle a Don Sebastián dentro del bolsillo del chaleco, donde llevaba el reloj de cadena heredado de su abuelo bibliotecario. A Abenámar, que en realidad se llamaba Mustafá, también se le humedecieron los ojillos al ver llorar al otro, sintiéndose culpable por no tener en existencia cigarrillos de aquella desconocida marca. La cosa hubiera acabado mal, con un baño de lágrimas, de no ser por un policía que pasaba por allí (siempre pasan por allí, es parte de su trabajo), y que creyó hallarse ante una evidente estafa de un moro a un cristiano, pensamiento sin duda enraizado en juegos infantiles, fiestas populares e historias de España relatadas desde una, grande y libre visión. A las demandas de papeles de éste, Mustafá contestaba con la retahíla de antes, rezando a Alá para que el agente de la autoridad blanca no fuese

también aficionado a esta marca de tan difícil avituallamiento en el mercado negro. Pero el guardia, viendo que Don Sebastián se marchaba sin queja ninguna, no sin antes recomendarles a los dos que tuvieran cuidado con no se qué estación de nombre largo que habían suprimido de la línea metropolitana, se conformó con el regalo de varios paquetes marca normal y siguió su ronda. Mustafá decidió en aquel mismo instante cambiar de proveedor, en un desesperado intento por encontrar la dichosa marca. Debía perfeccionar su incipiente negocio si quería adaptarse al país de adopción.

A dos calles de su destino, Don Sebastián paró en la floristería para echarle el requiebro de todos los jueves a doña Filomena, la florista, viuda de cuando la guerra y aún enlutada por aquel mozo que murió tras las líneas enemigas de purgaciones, aunque ella decía que fue una bala de cañón la que le arrancó de su lado.

- Buenos días, adalid proveedor de mercancías destinadas a comunicar los más altos sentimientos entre seres humanos...

- Buenos días, Don Sebastián, usted siempre tan galante - contestó ella, asaltada por un repentino buen humor ante el piropo recibido y porque cayó en la cuenta, al ver a Don Sebastián, de que ya era jueves y faltaba menos para el domingo, que ella aprovechaba para visitar a su única hija y sus dos nietos, además de amargarle de paso el día a su yerno, a quien odiaba cordialmente - ¿Cómo se encuentra doña Frasquita? - Doña Frasquita era la dueña de la pensión donde se alojaba Don Sebastián.

- Mejor, mejor... Ya sabe usted que a primeros de mes, fecha de cobro de sus justos emolumentos, renace cual ave fénix de las cenizas de su enfermedad, para recluirse en ellas de nuevo, una vez atendidas y liquidadas las cuentas de sus dignos huéspedes, entre los cuales, humildemente, me atrevo a incluirme.

- Pues nada, déle recuerdos.

- De su parte, doña Filomena, de su parte. - Y con una última mirada a sus *partes*, dos imponentes y desaprovechadas pechugas condenadas a permanecer intocadas e impolutas de por vida bajo el negro vestido, Don Sebastián reemprendió su camino suspirando, tal vez presintiendo el final sin haber siquiera vislumbrado lo que se escondía tras aquellos femeninos y ampulosos lutos.

El café Jijona, antigualla restaurada de mesas de mármol y sifones colorados, acogía una de las tertulias literarias más vetustas y con menor influencia en la vida cultural de la ciudad. Sus componentes se asemejaban a momias revividas por alguna mágica poción. La mesa que les era reservada se hallaba separada del resto del local por un cordón como de sala de exposiciones o museo, de terciopelo rojo púrpura, apoyado en soportes dorados. Los jueves estaba lleno siempre, pues muchos avisados guías llevaban grupos de turistas procedentes de lejanos países a contemplar la castiza tertulia que tenía lugar en el café. El local vendía consumiciones, los guías cobraban comisión, el extranjero contemplaba algo *typical*, y los contertulianos tenían público, aunque éste no se enterara de nada y aplaudiera siempre a destiempo. Los demás días el rincón de la tertulia permanecía vacío, aislado por el cordón, y con una placa dorada encima de la mesa que pregonaba el tema que se trataría en la tertulia del siguiente jueves.

Don Sebastián ocupó su asiento y carraspeó, pues hoy le tocaba presentar el tema a debatir. Se levantó solemnemente, agarrándose las solapas de la chaqueta con ambas manos.

- Me atrevería a sugerir, antes de comenzar mi presentación, que los camareros sirvieran las consumiciones previamente al inicio del debate, por manifestarse éste arduo e interesante en grado sumo. Así nos protegeremos de interrupciones que podrían beneficiar o perjudicar las posiciones y argumentación de unos y de otros - Un asentimiento de cabeza generalizado acompañó la propuesta, que fue aprovechado por

los camareros para traer las bebidas, siempre las mismas; café, cortado o carajillo, con vaso de sifón detrás para atenuar el sabor amargo del café expreso que servían allí. Don Sebastián volvió a levantarse, una vez terminado el servicio, para dirigirse a la selecta y docta concurrencia. Ceremoniosamente, consultó sus notas y, una vez se hubo hecho el silencio, tomó la palabra.

- Queridos contertulianos: Nos hallamos aquí reunidos para dilucidar una importante cuestión que nos tiene preocupados desde hace ya varios jueves. Me refiero, todos lo sabéis, al dilema histórico sobre la identidad del autor de la denominación, adjudicada a la época dorada de nuestras letras, conocida como Siglo de Oro. Hay aquí dos posiciones opuestas y bien documentadas: La primera y más antigua, a la cual se adscribe mi modesta opinión, es la atribuida a don Fadrique de Alcántara, ingeniero de minas y llamado en su época el *Midas de las galerías*. Tal señor, una vez retirado, consagró lo que le quedaba de vida al estudio de la literatura y otras manifestaciones artísticas, publicando un libro, considerado de cabecera para todos los aquí presentes y estudiosos defensores de esta posición, titulado " El Siglo de Oro: De la vagoneta al arte ". La otra posición, respetabilísima también, defiende y reivindica la autoría de tal bautismo en la persona de Monseñor Casimiro Vélez de Andrómeda, tesorero del rey y protector de las artes y las letras, así como impresor de textos y fundador de la respetabilísima Congregación para la Defensa de la Letra Gótica, de reciente e infausta extinción, tres de cuyos últimos miembros nos hacen el honor de concurrir hoy al debate...

De repente, llegado a este punto, don Sebastián notó que le faltaba la respiración y un dolor insoportable le subía desde la mano izquierda hasta el pecho. Sin mediar comentario alguno, cosa muy extraña en él, desplomóse violentamente encima de la mesa, desparramando su carajillo y salpicando a sus compañeros de mesa y opinión. La muerte llegó al mismo tiempo que el camarero con el trapo. Desde alguna posición entre el techo y el suelo, Don Sebastián cedió la palabra a sus antagonistas, mas nadie le escuchaba. Ni él mismo se escuchaba la voz desde dentro, como estaba acostumbrado. Todos parecían pendientes de aquella figura derrumbada en la mesa que guardaba un extraño parecido consigo mismo. Todos hablaban a la vez, pero lo insólito del caso era que hablaban más de lo que sus bocas y labios manifestaban. Sonaba como si pensarán y al mismo tiempo, salían palabras en otra banda sonora, totalmente diferentes a las pensadas. E incluso contrarias ¡Les estaba leyendo el pensamiento a todos! Y lo mejor es que no le sorprendía ni lo que estaba pasando ni lo que leía o escuchaba. Es como si lo hubiese sabido siempre, pero al fin era consciente de ello. No se sintió decepcionado por los sentimientos encontrados que flotaban en el ambiente y que él percibía mezclados pero distintos entre sí, como cuando un oído musicalmente entrenado aísla un determinado instrumento del resto de componentes de una orquesta, escuchándolo, sin dejar por ello de disfrutar de la sinfonía en su totalidad. Aquel cuerpo impregnado de carajillo era el suyo y estaba muerto. Un cuerpo que no sentía ninguna gana de volver a habitar. El cuerpo del *Redicho*, como alguno de los alborotados contertulios de allá abajo había mencionado ya, aún en voz baja, por si acaso sólo estuviese desmayado. Es curioso, nunca en su vida terrenal había oído semejante apodo, pero él sabía ahora que le llamaban así, y por qué, y le daba igual, incluso se reiría y todo, si no fuera porque ahora consideraba inútil el reírse sin mandíbulas, ni labios, ni voz, ni problemas de los que escaparse. Alguien telefoneó a su casa y pudo ver a Doña Frasquita contestar al teléfono, como si estuviera allí, oyendo sus dos voces paralelas, la una lamentándose de su muerte y la otra pensando ya en el alquiler que le debía y en dónde encontraría otro individuo tan fiel como él, que llevaba más de veinte años en la pensión, desde que murió su santa madre. Y aquí estaba su madre, la verdad es que siempre había estado

allí, contemplando a su lado la inutilidad de las preocupaciones de Doña Frasquita, pues a la pobre le quedaban apenas dos meses de vida. En ese momento, Doña Filomena la florista apareció por la puerta, con las tetas bamboleándole hasta la cintura, sin vestido. El, sólo él, podía verla sin vestido, y escuchar asombrado que también ella había soñado algún día tener un asuntillo con aquel cuerpo desmadejado en la mesa. Ahora se alegraba de que no hubiera ocurrido, no por las caídas tetas, sino porque quizás era de las mejores cosas que no le habían pasado en su vida terrena, período de tránsito hacia su actual estado, definitivo y placentero como nada conocido. Un joven miliciano, el difunto marido de la florista, le vino a confirmar esto último, sin hablar, sin verlo físicamente, pero allí estaba, con sus purgaciones y/o su bala de cañón, que más daba. ¿Qué era más cierto, lo verdaderamente ocurrido en el tiempo o lo que quedaba en la memoria de la gente? Todo y nada era verdad, y ahora lo comprendía; no, mejor dicho, ahora pensaba en ello como algo de una lógica aplastante. Don Fadrique de Alcántara y Monseñor Casimiro Vélez también le sonreían espiritualmente, ante la farsa que se desarrollaba abajo, donde los de un bando acusaban a los del otro del fallecimiento de Don Sebastián. Entonces entraron en el escenario, donde se seguía desarrollando la tragicomedia de la vida y de la muerte, toda una unidad de reanimación ambulante, provista de prisas, batas blancas, mascarillas y demás *atrezzo* acorde con la obra a interpretar. Comenzaron a manosear su cadáver y Don Sebastián a notar que se le iban las nuevas y ya queridas sensaciones por momentos, ya que a veces estaba como en su cuerpo, notándose apresado en carnes ya no deseadas, a veces etéreo, junto a su madre y los demás, que guardaban un respetuoso silencio, como dejándole a él decidir entre el escenario y la platea. El pidió ayuda con todas sus fuerzas, encomendándose a Dios. Este apareció de repente, encarnado en las facciones de su abuelo el bibliotecario, ídolo cultural y filosófico de la infancia de Don Sebastián, y que por lo visto había prestado momentáneamente sus rasgos a la Divinidad. Los reanimadores terrenales gastaron su último cartucho, mediante una descarga de electrodos que le hizo bailar convulsamente, estirado en la mesa. De pronto, encontróse otra vez en su cuerpo, del todo. Abrió los ojos, arrancando un suspiro de alivio del montón de gente inclinada hacia él. Por entre medias volvió a ver flotar a su abuelo el bibliotecario. Y volvió a pedirle ayuda, luchando contra un absurdo instinto de conservación que le subía desde la carne. Después, por fin, logró cerrar los ojos para siempre.

" DON SEBASTIÁN LODICHO GARCÍA, COMPONENTE DE LA FAMOSA TERTULIA LITERARIA DEL CAFÉ JIJONA, ENTREGÓ SU ALMA A DIOS AYER JUEVES... "

No quiso asistir a su entierro, por hallarse ocupado en una visita al Siglo de Oro, en compañía de su abuelo el bibliotecario y de los dos supuestos autores de la denominación de origen del mismo.

Y es que tenían tanto de qué hablar...

¡Ah! y aún debían encontrar la estación de nombre tan largo que se había perdido...

FIN